

Un silencio sagrado, para escuchar la sonoridad de Dios

Con la reforma litúrgica el silencio en cuanto tal ha entrado por primera vez en las normas como parte integrante de la celebración. En la *Sacrosanctum Concilium* leemos: “Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado” (SC, 30). Es decir, el silencio fue elevado a la dignidad de auténtico e importante símbolo litúrgico.

En la liturgia el silencio es, como toda celebración, una forma de comunión para que todos juntos expresen el diálogo de la Iglesia con su esposo. En la liturgia, es preludio de la escucha, de la acogida, de la alianza.

El silencio es considerado por las normas como “parte de la celebración”. Como nos dice el Ordenamiento General del Misal Romano: “La naturaleza de ese silencio depende del momento de la misa en que se observa: por ejemplo, en el acto penitencial y después de la invitación a orar, los presentes se concentran en sí mismos, al terminarse la lectura o la homilía, reflexionan brevemente sobre lo que han oído; después de la comunión, alaban a Dios en su corazón y oran” (OGMR, 23).

No es mutismo ni espera vacía del rito siguiente. Por medio del silencio “los fieles no se reducen a participar en la acción litúrgica como espectadores extraños y mudos, sino que se integran más íntimamente en el misterio que se celebre, en virtud de las disposiciones interiores, que derivan de la Palabra de Dios que se escucha, de los cantos y de las oraciones que se pronuncian, y de la unión espiritual con el sacerdote que pronuncia las partes que le corresponden”¹.

“Los diversos momentos de silencio que están previstos hoy en la liturgia, tan numerosos como ignorados y desatendidos, tienen, según los momentos, funciones diferentes...por ejemplo el silencio de apropiación atento a los gestos y palabras de quien preside; el silencio meditativo de acogida de la Palabra, el silencio de adoración después de la comunión”².

En el Apocalipsis leemos que la gran liturgia celestial está precedida del gran silencio de todos los hombres: “Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo, como una media hora...” (*Ap* 8, 1).

¹ Musicam Sacramm 17. Instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos y del Consilium.

² SIRBONI, Silvano. El lenguaje simbólico de la liturgia, pp. 87-88.

“El silencio –nos dice el sacerdote salesiano José Aldazábal – es un viaje al interior y a la realidad más profunda de lo que se celebra. Es nuestro gesto simbólico de reverencia ante el misterio”. En nuestras celebraciones el silencio puede ser una de las formas más expresivas de nuestra participación. “Cuando el Viernes Santo comienza el rito con la entrada silenciosa y la postración del presidente, sin canto de entrada ni saludo, ese silencio se convierte en un signo elocuente, no de tristeza, sino de respeto y homenaje al misterio celebrado ese día, que no puede superarse con palabras y músicas. Cuando el Obispo impone las manos en silencio sobre la cabeza de los ordenados...En la Cuaresma hacemos cierto ayuno de música...El saber captar el mudo discurso de una cruz, o el mensaje gozoso de una imagen, o la expresiva intención de una acción simbólica, es un regalo que proviene del ejercicio del silencio y del saber escuchar”³.

Entre el sonido y el silencio

“La Liturgia tiene su propia estructura, ritmo y cadencia: es una reunión que crece en intensidad, que llega a un clímax y pasa por un descenso que desemboca en la despedida. *Altern*a la persona con los grupos de personas, *el sonido con el silencio*, la charla con el cántico, el movimiento con la inmovilidad, la proclamación con la reflexión, la palabra con la acción”⁴.

Nuestra tradición insiste en la importancia del silencio, incluso en la oración común, mientras que se le da una gran prominencia al sonido (palabras habladas y cantadas, cantos, música, campanas). Pero cada uno de esos elementos tiene su fuerza y toma su fuerza de otro elemento. Por ejemplo, dondequiera que la Palabra de Dios es proclamada, existe una necesidad humana de reflexión y de silencio. La prisa del mundo moderno hace que resulte difícil que el silencio penetre en nuestras vidas. Pero necesitamos que el silencio sea lo suficientemente amplio como para adentrarnos en él. El silencio permite que las palabras hagan eco en el corazón de la asamblea.

“Tenemos que evitar que la ansiedad propia de la cultura moderna sea parte de nuestra liturgia –nos dicen los autores de *Liturgia con estilo y gracia* -, la inmovilidad es necesaria en ciertos momentos, y su ausencia puede ser lamentable. Esta es particularmente necesaria durante los momentos de silencio. Si durante los momentos de silencio la persona que preside está buscando algo en el libro o limpiando cáliz y la patena, no importan qué tan discreto lo haga, la fuerza del silencio y de la inmovilidad se pierde. La reverencia contiene todo lo necesario para hacerlo en paz, con el tiempo necesario”⁵.

Pedagogía del silencio

A un músico excepcional le preguntaron en cierta ocasión, cómo cantaba y llevaba las notas de una manera tan perfecta y respondió: “Las notas que toco y canto no son

³ ALDAZÁBAL, José. Gestos y símbolos, p. 91.

⁴ Unites Status Catholic Conference, Inc.- USCC. La ambientación y el arte en el culto católico, p. 25.

⁵ GABE, Huck y CHINCHAR, Gerald. Liturgia con estilo y gracia, pags. 36 y 37.

mejores que muchas otras, pero el verdadero arte reside en los descansos que están entre las notas”.

“A los fieles hay que explicarles debidamente la razón de este silencio litúrgico, que no es contrario a la plegaria, sino que constituye la cúspide de la misma. Ha toda una pedagogía del silencio en la liturgia. En una pieza musical –como fue dicho arriba- los silencios bien distribuidos tienen no sólo un valor negativo, sino también positivo, para la belleza total de la pieza. Pensemos en el “*Aleluya*” del *Mesías* de G. G. Haendel: el silencio con calderón, previo al último ‘aleluya’, es un silencio cargado de tensión, de resonancias, y de vibraciones sonoras antes del acorde final. Así también, en la liturgia, el silencio tiene un valor positivo en orden a lograr una participación mayor, un mejor culto a Dios y una mayor edificación de los fieles”⁶.

El “estilo de Dios”

En los Salmos tenemos pausas, intervalos que cortan el verso hebreo en dos hemistiquios. La palabra desaparece para dejar lugar al silencio, para así suscitar un eco en el interior del creyente. Ese silencio es constitutivo de la palabra poética en liturgia. Es “el estilo de Dios”. Consiste en que tanto el contenido como la forma de los textos poéticos se hallen suficientemente inspirados como para permitir a Dios mismo habitar en el silencio interior de cada persona⁷.

San Antonio el Grande, en el siglo IV, decía: “Aun cuando calles, piensas. Y si piensas, hablas. Porque en el silencio la inteligencia engendra la palabra. Y la palabra de reconocimiento dirigida a Dios es la salud del hombre” (*Philocalie des Peres Neptiques*, Abbaye Bellfontaine, p. 39).

El silencio es uno de los elementos de más valor en la celebración litúrgica. Esta comporta acciones, gestos, palabras...y silencio. Hay que tenerlo muy en cuenta. Es uno de los gestos menos entendidos de nuestra liturgia⁸.

En la ajetreada vida actual se necesitan espacios de calma y silencio. Más aún en la celebración litúrgica se necesita un clima favorable de encuentro con el misterio que celebramos. El silencio es un viaje al interior y a la realidad más profunda de lo que se celebra. Es un gesto simbólico de reverencia ante el misterio. La presencia de Cristo Jesús, y, el protagonismo de su Espíritu, producen un silencio de alabanza y comunión.

El silencio es la apertura a Dios, a la comunidad con la que compartimos la oración, y hasta un reencuentro consigo mismo. Al que sabe callar y hacer silencio, todo le habla, todo le resulta elocuente. El silencio es algo connatural a la oración.

El silencio, parte constitutiva de la celebración

⁶ ALCALDE, Antonio. Pastoral del canto litúrgico, X, 4. P. 180.

⁷ MALDONADO, Luis. Liturgia, arte, belleza, p. 124.

⁸ ALDAZÁBAL, José. Gestos y símbolos, p. 88.

El silencio entra a formar parte de la celebración litúrgica de diversos modos. Previamente a la celebración y en la misma acción litúrgica, como elemento integrante del dinamismo general de ésta o como enlace entre dos acciones rituales.

Ya antes de la celebración de la Misa es conveniente que se guarde silencio en la sacristía y lugares cercanos, para que todos se preparen devota y dignamente a la celebración sagrada (OGMR).

Cuanto a la asamblea el silencio también es la mejor preparación de la liturgia. Aparte de una música apropiada, no se debe permitir ningún menoscabo del derecho que el pueblo tiene a la tranquilidad antes de la Eucaristía, por ejemplo: no se deben permitir ensayos de coro o musicales, aviso que pueden darse más tarde, o distracciones en el presbiterio o en cualquier otro sitio. Los asistentes pueden encontrarse y hablar antes de la Misa, pero en una zona bien apartada del lugar donde se celebrará la liturgia⁹.

En la misma acción litúrgica, encontramos a lo largo del Misal una insistente la invitación al silencio, proponiendo cuatro espacios de silencio “propios”, es decir, obligatorios y que implican a toda la asamblea participante en la celebración Eucarística.

Incluso en las Misas con niños insiste el Directorio en que “debe guardarse un tiempo de silencio como parte constitutiva de la celebración, para que no se conceda un lugar excesivo a la acción externa, pues también los niños, a su manera, son realmente capaces de meditar”. Para que “aprendan a entrar en si mismos y aprendan a meditar, rezar y alabar a Dios en su corazón”¹⁰.

“Como parte de la celebración, ha de guardarse en su tiempo “silencio sagrado” (SC, 30). La naturaleza de ese silencio depende del momento de la misa en que se observa: por ejemplo, en el acto penitencial y después de la invitación a orar, los presentes se concentran en si mismos; al terminarse la lectura o la homilía, reflexionan brevemente sobre lo que han oído; después de la comunión, alaban a Dios en su corazón y oran” (OGMR, 23).

Vemos como en la celebración es bueno que haya momentos de silencio, que no todo esté lleno de palabras. “Tengamos en cuenta que la liturgia no es una clase de catequesis, sino una celebración”¹¹.

Los momentos de silencio propuestos por el Misal en la celebración Eucarística son:

a. La liturgia de la Palabra:

En la liturgia no nos limitamos a leer la Palabra, sino que la celebramos. La escucha y acogida de ésta dependerá esencialmente del silencio interior del oyente, pero también ayudará la actuación de los ministros de la Palabra: preparándose bien la lectura, leyéndola

⁹ ELLIOT, Peter J. Guía práctica de liturgia, p. 85.

¹⁰ Directorio para las Misas con niños -DMN-, n. 37.

¹¹ ALDAZÁBAL, José. Gestos y símbolos, p. 95.

pausadamente, dándole sentido, ritmo y entonación, haciendo una breve pausa entre las lecturas. Todo esto favorecerá el que la Palabra cale y resuene en el interior de cada uno¹².

El lector sabe que no todos los signos de puntuación tienen la misma duración de silencio. Por tanto, tiene que saber dosificar inteligentemente los silencios intercalados entre frase y frase, entre oración y oración, lo que ayudará a la comprensión de las ideas, y éstas tendrán tiempo suficiente para poder desarrollar todo su poder evocador.

“Después de la homilía oportunamente se observa un breve espacio de silencio”.

“Después de la primera y de la segunda lectura, “si parece oportuno, se puede observar un breve espacio de silencio para que todos mediten brevemente lo que han oído”.

b. Las invitaciones a orar:

Cuando se invita a orar a una asamblea, hay que dejar un momento de silencio para concentrarse y entrar en sí mismos antes de pronunciar la oración. Si decimos “Oremos, “Reconozcamos nuestros pecados”, “Roguemos al Señor”...hay que hacer un pequeño silencio y orar. Si no fomentamos esos silencios, la celebración puede convertirse en una sucesión de palabras, oraciones y ritos amontonados unos sobre otros, y nos veremos envueltos en la asistencia rutinaria, abocados a la dispersión, al ruido y, sobre todo, a la falta de participación¹³.

En el acto penitencial, después de la invitación, se recuerda que sigue una “breve pausa de silencio”.

c. La presentación de los dones:

Este momento, tan intenso en la celebración, en el que la Mesa de la Palabra ha terminado y vamos a dar paso a la Mesa de la Plegaria Eucarística, es un momento para crear un clima de recogimiento, descanso, asimilación, paso de nivel. No es necesario canto; basaría con una música de fondo o una coral que interprete una pieza polifónica que ayude a crear este clima de silencio e interiorización en el paso de una Mesa para la otra.

Cuando el sacerdote proclama la Plegaria Eucarística, la comunidad “se asocia al sacerdote con fe y en silencio, así como con las intervenciones previstas”.

d. Después de la comunión:

La OGMR (56j) manda que se guarde también un momento de silencio después de comulgar para “orar un rato recogidos”, para dar gracias, para encontrarnos y meditar en lo que hemos recibido. El Misal contempla la posibilidad de entonar un canto o un himno de acción de gracias.

¹² ALCALDE, Antonio. Pastoral del canto litúrgico, X, 5.1. P. 180.

¹³ Idem., 5, 2. P. 181.

Finalidad de los momentos de silencio

Como vemos la naturaleza de estos silencios dependen de los momentos de la celebración en que son observados. Hay silencios que nos mueven a la *concentración* y al *recogimiento*, como el de antes de comenzar la celebración o cuando somos invitados al acto penitencial. Hay otros silencios que buscan crear una atmósfera de *interiorización* y de *apropiación*, como después de haber acudido a comulgar con el Cuerpo y Sangre del Señor. Es un silencio de ‘posesión’ agradecida, de alabanza interior¹⁴.

Son momentos en que todos son invitados a “entrar en si mismos y meditar o alabar y rezar a Dios en su corazón, como dice el Directorio de las Misas con niños (DMN, 37).

Y hay silencios, en otros momentos, que nos permiten un clima de *meditación* en lo que acabamos de escuchar o de decir: así después de las lecturas y de la homilía, o después de haber recitado un salmo. Y hay silencios que no pretenden otra cosa que el *descanso* y la *espera*, un ambiente de calma y respiro, como es el momento del ofertorio.

Un silencio de adoración y alabanza

La justa proporción entre palabra, gesto, movimiento y silencio es fundamental para una buena celebración. Y en concreto saber hacer silencio, saber escuchar, da profundidad a nuestra oración.

“También resulta indispensable en la celebración, y cada comunidad ha de descubrir el momento en el que ubicarlo, el silencio de adoración. Porque ninguna celebración habrá llegado a la altura religiosa exigible si, en un momento determinado, los que participamos en ella no llegamos a “caer rostro en tierra”, a experimentar la insuficiencia de nuestras palabras, la torpeza de nuestros mejores gestos, la inadecuación de nuestros pensamientos ante la divina majestad, el resplandor de la belleza, la augusta santidad de nuestro Dios. Todos somos alguna vez testigos, aunque sea por desgracia raramente, de momentos densos de silencio en los que, después de numerosas palabras, cantos y acciones, Dios pasa por la asamblea a través del *susurro de una brisa suave*”¹⁵.

En la música callada, en la música divina del silencio, en la soledad sonora, en la armonía interior de cada uno, Dios hará resonar su eterna melodía de amor para con todas sus criaturas¹⁶.

**P. Fernando Gioia, EP
Heraldos del Evangelio**

¹⁴ ALDAZÁBAL, José. Gestos y símbolos, p. 94.

¹⁵ VELASCO, Juan Martin. Misa Dominical, p. 36.

¹⁶ ALCALDE, ANTONIO. Pastoral del canto litúrgico, X, 5.5. P. 183.